

Prejuicios, fantasías y tópicos acumulados sobre una cultura oriental: la nabatea. O, se ve lo que se quiere ver y lo demás se ignora o se desdeña

Carmen BLÁNQUEZ PÉREZ

Voy a exponer aquí, espero que de forma coherente, unas breves reflexiones sobre Petra y la cultura nabatea, tema que es, desde hace años, centro de mi interés y sobre el que escribí un libro¹ que supuso mi aportación al Proyecto “Fuentes orales para la Historia Antigua”, del que Juan Cascajero era el Investigador Principal.

La oportunidad que me brindó la participación en dicho Proyecto, hizo que me sintiera ilusionada por poder colaborar en una apuesta distinta, valiente y comprometida, que tanto encajaba con su personalidad. Además, yo estaba intentando seguir un camino difícil, al investigar sobre una cultura que no es objeto de estudio en las Universidades españolas, sobre la que tenía un profundo conocimiento visual, casi podría decir que sensorial, que debía completar buscando y consiguiendo todo lo escrito sobre ella, partiendo de la, prácticamente, total ausencia de referencias en las bibliotecas españolas, por lo que sería una tarea solitaria, que requería empeño y hasta una cierta tozudez y de dudosa aplicación posterior.

EL PUNTO DE PARTIDA

Las publicaciones existentes sobre Petra y los nabateos son obra, sobre todo, de arqueólogos y filólogos de diversos orígenes, especialmente norteamericanos, ingleses, franceses, jordanos e israelíes, con contribuciones más esporádicas de italianos, alemanes y suizos. Pero pocos historiadores se han ocupado del estudio de esta cultura, quizá debido al hecho de que son realmente las excavaciones arqueológicas y las inscripciones, las que de manera más concluyente están permitiendo conocerla. Indudablemente, en el acercamiento a esta civilización no juegan un papel destacado las fuentes escritas, pues no se han conservado textos nabateos extensos que relaten sus propios avatares históricos y son precisamente los “*otros*”, sus rivales, enemigos y conquistadores, los que nos hablan de ellos. Pero, además, la información que proporcionan esas “*otras*” fuentes escritas antiguas, aportan

¹ C. BLÁZQUEZ, *Petra. La ciudad de los nabateos*, Madrid, 2001.

pocos datos de interés², los describen como un pueblo englobado dentro de los denominados “árabes” y destacan de ellos su especial habilidad para desenvolverse en el desierto y, por encima de todo, las riquezas que poseían, procedentes del comercio del incienso, la mirra y las especias aromáticas; otras referencias, como su amor por la libertad, su astucia y su ferocidad en el combate, parecen simplemente estereotipos, aplicados, entonces como hoy día, a pueblos de los que se desconoce su verdadera identidad y a los que tampoco interesa conocer realmente.

De manera que los prejuicios y convencionalismos sobre los nabateos aparecen ya reflejados en las fuentes antiguas, prejuicios que todavía hoy pesan en nuestra visión.

NO DEJA DE SER OTRO PREJUICIO

Siempre que se habla de los nabateos se comienza destacando el papel que jugó el explorador de origen suizo J.L. Burckhardt, a quien se califica invariablemente como el “descubridor” de Petra y la civilización nabatea, emparejándolo así con otros grandes descubridores, como Cristóbal Colón, a quien le cabe el honor de haber “descubierto” todo un continente: América. Pero resulta que Petra, la capital del reino nabateo, como el continente americano, estaba habitada cuando Burckhardt llegó allí, de manera que fue Occidente quien se enteró de su existencia y, por tanto, no deja de ser otro prejuicio y una muestra indudable de “eurocentrismo”, calificar al destacable explorador como “descubridor” (es inevitable imaginar a los fieros árabes beduinos cantando: “*Nos descubrieron, por fin nos descubrieron*”, como en la canción de *Les Luthiers*).

Cuando, a comienzos del siglo XIX³ se extendió por Europa la noticia de la existencia de una desconocida y maravillosa ciudad oriental, excavada en la roca y rodeada de desiertos impenetrables, se desató el romanticismo imperante en la época y decenas de viajeros acudieron a Petra a la búsqueda de las “*Mil y una noches*”. Pero, ¡oh sorpresa! aquello no parecía tener nada de oriental y, admirados por la belleza y la grandiosidad de las fachadas esculpidas en la roca, la rica decoración de algunas de ellas, las altas columnas con sus capiteles y, asimismo, engañados por su antigüedad, decidieron que aquello sólo podía ser obra de una cultura como la romana. De forma que, al escribir sus relatos sobre Petra y llevar a cabo la descripción de sus monumentos, le otorgaron su autoría a los romanos, como quedó reflejado en los nombres con que designaron algunos de ellos: Tumba Corintia, Tumba del Soldado Romano..., incluso a los restos de un teatro le llamaron, evidentemente, Teatro Romano (todavía hoy día, a pesar de que se sabe que se trata de monumentos nabateos y no romanos, se mantienen en muchas publicaciones estos mismos nombres).

² Las principales fuentes escritas antiguas que hablan de los nabateos son Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica*, XVIII-XX, Estrabón, *Geografía*, XVI, Flavio JOSEFO, *Guerra de los judíos y Antigüedades*, *pássim*.

³ John LEWIS BURCKARDT llegó a Petra en el año 1812. Su obra, *Travels in Syria and the Holy Land*, se publicó en Londres en 1822.

Otros viajeros resultaron ser más obstinados y no quisieron renunciar a la imagen que se habían forjado antes de llegar allí, de manera que, tras su visita, escribieron relatos donde aplicaban nombres más románticos, como el “Valle de las Hadas” o el “Templo del Arco Iris”⁴. Otros más, observando las innumerables tumbas existentes en Petra, creyeron que, en realidad, no era una ciudad sino una enorme necrópolis y así, existen libros, publicados ya en el siglo XX, con títulos como: *El sarcófago de una antigua civilización*⁵.

Más acertados estuvieron los beduinos que vivieron en Petra hasta el año 1985, que también pusieron nombres y elaboraron leyendas sobre los restos más monumentales, en los que, por cierto, prefirieron no habitar, escogiendo las casas y tumbas nabateas más sencillas para refugiarse del frío invernal, ellos y su ganado. *Qasr al-Bint Faroun*, *Khazneh al-Faroun* y *Zibb Faroun* son los tres más significativos y en todos ellos se alude a un poderoso faraón que construyó palacios (*Qasr al-Bint Faroun*), escondió tesoros (*Khazneh al-Faroun*) y dejó otras evidencias de su potencia y vigor como testimonian columnas solitarias (*Zibb Faroun*). Evidentemente, el *Khazneh* no alberga el tesoro de ningún faraón, ni *Qasr al-Bint* fue un palacio, sino un templo nabateo, pero resulta realmente curioso que relacionaran estos monumentos con faraones, es decir, con Egipto, ya que ciertamente las relaciones entre el reino nabateo y los egipcios del Reino Helenístico Ptolomeo y, después, como provincia del Imperio Romano existieron: ¿cómo se ha podido conservar ese recuerdo a través de los siglos?

A comienzos del siglo XX, los alemanes R.E. Brünnow y A.V. Domaszewski llevaron a cabo una expedición por la antigua provincia romana de Arabia en la que se incluía la antigua ciudad de Petra, lugar donde llevaron a cabo la descripción y clasificación de más de ochocientos monumentos, sobre todo funerarios, identificados cada uno por un número⁶ y, de hecho, el inventario que establecieron sigue siendo utilizado hoy día por los especialistas en el estudio de esta cultura, aunque no se hayan perdido las otras denominaciones, más acordes con la fantasía popular.

MÁS DE LO MISMO

Otra mistificación, esta vez derivada de considerar la Biblia como libro sagrado y fuente documental indudable, ha llevado a pretender que Petra fue uno de los lugares que forman parte del Éxodo de los judíos, conducidos por Moisés.

Petra mantiene, aún hoy día, diversos nombres que recuerdan esta identificación, así como todo tipo de leyendas que aluden al paso del pueblo hebreo por el lugar: cerca de la antigua ciudad está el actual pueblo, *Wadi Musa* (*wadi* de Moisés)⁷, que alberga el llamado manantial de Moisés (*Ain Musa*), donde la tradición supone que el profeta hizo surgir agua de la roca, para dar de beber a los sedientos judíos en su

⁴ W. LIBBEY, y F. E. HOSKINS, *The Jordan Valley and Petra*, Londres, 1823 (reimp. 1985).

⁵ George L. ROBINSON, *The Sarcophagus of an Ancient Civilization*, Londres, 1930.

⁶ *Die Provincia Arabia, Petra*, vol. I, 1904.

⁷ Conocido antes como Eldjy.

larga travesía por el desierto. Incluso el origen del *Siq*, el angosto desfiladero por el que se accede a Petra desde el este, fue, supuestamente, también obra del profeta, quien lo hizo aparecer simplemente tocando con su vara la montaña, para poder así refugiarse y escapar de los perseguidores egipcios.

En realidad, la asociación de Petra con los lugares bíblicos, proviene de la época de los Cruzados, en cuyas crónicas empieza a ser nombrada como *Li Vaux Moise*.

Seis siglos después, cuando todavía se desconocía en Occidente su emplazamiento exacto, en el año 1806, Ulrich J. Seetzen, abundando en esta misma línea, propuso la identificación del Monte Hor, lugar donde la tradición bíblica⁸ sitúa la tumba del profeta Aarón, hermano de Moisés, con la Petra mencionada por los autores antiguos. Efectivamente, en las cercanías de Petra existe una gran montaña conocida hoy como *Jebel Harun* (montaña de Aarón), donde, según esta tradición, fue enterrado Aarón al morir, cuarenta años después del comienzo del Éxodo. Hoy día, un pequeño *wali* blanco, visible desde muy lejos, corona *Jebel Harun* y encierra una tumba que se ha convertido en lugar de peregrinaje y veneración para musulmanes, cristianos y judíos.

SE VE LO QUE SE QUIERE VER. LA MISTIFICACIÓN CONTINÚA

Numerosos investigadores han seguido esta corriente que identifica Petra con diversas menciones bíblicas y todavía hoy en abundantes publicaciones, casi todas ellas obra de israelíes, se sigue manteniendo que el Monte Hor bíblico es *Jebel Harun*, o que *Selah*, la “Roca” de Edom⁹, que fue conquistada por Amasías, rey de Judá, es la gran montaña de *Umm al-Biyara* situada al oeste de Petra. Se trata, en realidad, de referencias muy vagas a una gran montaña o roca, o de citas de emplazamientos que pueden aplicarse también a otros lugares, que reúnen las mismas características; de hecho, hoy día se cree que la antigua *Selah* debe ser la actual *Buseirah* (ubicada a unos cincuenta kilómetros al norte de Petra)¹⁰.

Y TAMBIÉN LOS PREJUICIOS

Tras la I Guerra Mundial tuvieron lugar las primeras excavaciones arqueológicas, que demostraron la existencia de una cultura material nabatea original, previa a la llegada de los romanos y, asimismo, que Petra no era sólo una “ciudad de muertos”¹¹.

Leer las publicaciones de estos primeros arqueólogos resulta apasionante e irritante a la vez. Poco a poco, se documentaba el pasado de un pueblo prácticamente

⁸ *Números*, 20, 22-29 y 33, 38-39.

⁹ *Reyes II*, 14,7.

¹⁰ Las únicas citas seguras que aparecen en *La Biblia* sobre Petra y sus habitantes, se encuentran en los *Libros I y II de los Macabeos*.

¹¹ El primer arqueólogo que excavó en PETRA, dirigiendo sucesivas campañas entre 1929 y 1936, fue el británico George Horsfield, entonces Director General del Departamento de Antigüedades de Palestina, acompañado por Agnes CONWAY, William FOXWELL ALBRIGHT, M. MURRAY y J.C. ELLIS.

desconocido hasta entonces pero, al mismo tiempo, los comentarios sobre los beduinos que allí habitaban y que colaboraban con ellos como mano de obra en los trabajos de excavación, eran absolutamente despectivos y ofenden la más mínima sensibilidad. Ni siquiera puede decirse que repitan los prejuicios manifestados en las fuentes clásicas, van más allá y se muestran arrogantes y despreciativos. Como los romanos, se consideran los civilizadores que acuden a rescatar y salvar los restos materiales de una cultura que se encuentra en manos de los “bárbaros”¹², y sin embargo ¡cuánto hubieran podido aprender sobre al modo de vida de los nabateos, si se hubieran molestado en observar sus costumbres!

Ellos saben, por ejemplo, cómo aprovechar el agua, de la misma manera que los nabateos lo habían hecho dos mil años antes. De hecho, en la década de los 60 del siglo pasado, tras la muerte de veinticuatro turistas, atrapados en una súbita torrenciosa en el *Siq*, se reconstruyó el dique que desviaba las aguas del *wadi Musa* hacia un túnel excavado en la roca, que atraviesa la montaña y las dirige hacia otro *wadi*, el *Muhlim*, siguiendo exactamente los pasos dados por los nabateos. Ya Burckhardt había observado los vestigios de estos trabajos de auténtica ingeniería hidráulica nabateos y comentó que “debió suponer un gran esfuerzo llevarlos a cabo”, aunque no especifica quiénes pudieron hacerlos¹³. Otros, como G. L. Robinson, acertaron también al identificar en la entrada del *Siq* los restos del dique y del túnel nabateo, así como al pensar que servían para desviar el agua del torrente que se forma con las lluvias del invierno, aunque insinúa que es obra de los romanos¹⁴.

M. A. Murray y C. Ellis llevaron a cabo excavaciones en Petra, en una serie de tumbas y viviendas rupestres situadas en el *wadi Abu Ollegah*, cuyos resultados publicaron en el año 1940¹⁵, y la imagen que ofrecen de los nabateos, que compendia la que se tenía en aquella época, continúa insistiendo en los mismos convencionalismos ofensivos. Así, tras calificar a los nabateos como un pueblo árabe, afirman que, “dado que los árabes tienen un horror tradicional por los trabajos manuales, es inconcebible que pudieran ser capaces de mostrar semejante habilidad, a la hora de transformar los acantilados rocosos de Petra en auténticos monumentos excavados en ellos”¹⁶. Y no se trata de una opinión personal, pues añaden que “la mayoría de los estudiosos sobre esta ciudad, están de acuerdo en creer que se debe buscar en otros lugares a los que elaboraron estas obras”¹⁷.

Más de ciento veinte años después de las primeras impresiones que intrépidos viajeros reflejaron en sus obras sobre Petra, y a pesar de que las excavaciones arqueológicas aportaban datos irrefutables sobre la cultura nabatea, se mantenían idénticos prejuicios a la hora de aceptar que un pueblo de origen árabe hubiera sido capaz de elaborar semejantes maravillas.

¹² No hay más que recorrer los museos europeos y norteamericanos, para constatar que es allí donde están depositadas las piezas obtenidas en las excavaciones arqueológicas de aquella época.

¹³ J.L. BURCKHARDT, *Travels in Syria and the Holy Land*, Londres, 1822, p. 428.

¹⁴ G.L. ROBINSON, *Op. cit.*, p. 43.

¹⁵ *A Street in Petra*, publicado por la “British School of Archaeology in Egypt” en 1940.

¹⁶ M.A. MURRAY y C. ELLIS, *A Street in Petra*, Londres, 1940, p. 32.

¹⁷ M.A. MURRAY y C. ELLIS, *Op. cit.*, p. 32.

TÓPICOS

El esplendor de Petra como una de las principales ciudades caravaneras del Mundo Antiguo ha centrado la atención en sus actividades comerciales y, especialmente, en el papel que jugó dentro de la Ruta de las Especias, como ya destacaban las fuentes antiguas. Fieles seguidores de este enfoque, en la época moderna las publicaciones sobre Petra siguen ajustándose a lo ya conocido y no suelen abordar otras perspectivas a la hora de investigar sobre las actividades que desarrollaron los nabateos, olvidando así que la tierra ha sido siempre en las culturas antiguas el principal medio de producción. Es cierto que ni el medio desértico ni las condiciones climáticas animan a imaginar cultivos, y tampoco en las ciudades caravaneras se suele destacar otra actividad que el comercio pero, ¿de qué vivían entonces los nabateos y todos aquellos que acudían a la ciudad con sus caravanas?. La respuesta está en las complejas tareas hidráulicas que los nabateos acometieron, hasta conseguir transformar un lugar en principio poco apto para la vida urbana, en una ciudad en la que llegaron a vivir miles de personas. Para ello, no sólo aprovecharon el agua procedente de manantiales situados a kilómetros de distancia, sino que también tuvieron que dominar las frecuentes y peligrosas torrenteras que provocan las lluvias –en un suelo que no sólo no retiene sino que parece repeler el agua, dejando la tierra árida y desnuda– con diques que la desviaban y canales que la conducían hasta cisternas rupestres y a veces subterráneas, donde se conservaba¹⁸.

De hecho, aunque no contemos con testimonios anteriores, los papiros carbonizados encontrados en Petra, en la llamada “Iglesia Bizantina de los Mosaicos”¹⁹, fechados en el siglo VI d.C., muestran claramente la importancia de la agricultura, que ocupaba un área muy extensa, aunque todavía no se haya definido claramente. Gracias a su contenido, sabemos por primera vez acerca del trabajo en los campos, de los diversos cultivos, de los derechos sobre el agua y de las cisternas, confirmando, además, la existencia de jardines y huertos junto a las casas, cultivos en terrazas dentro de la zona urbana, así como auténticas *villae* situadas en las cercanías, que eran posibles gracias al aprovechamiento del agua que se empezó a llevar a cabo mil años antes.

RECAPITULACIÓN

A lo largo de estas líneas me he referido a marañas tejidas con prejuicios y tópicos que, durante mucho tiempo, han oscurecido la imagen de un pueblo árabe, el

¹⁸ Vid. DIODORO, XIX, 94, 6-8.

¹⁹ La excavación de esta iglesia, llevada a cabo en 1992-93, formaba parte del *Petra Church Project*, bajo la supervisión del ACOR y su entonces director Pierre Bikai; los trabajos de campo estuvieron a cargo de un equipo codirigido por ZBIGNIEW T. FIEMA y Robert SCHICK (ACOR) y KHAIRIEH 'AMR (Departamento de Antigüedades de Jordania). El contenido de los papiros encontrados, que fueron inmediatamente sometidos a tareas de restauración y conservación, ha sido publicado sólo parcialmente.

nabateo, y su cultura. Ahora, deseo concluir exponiendo cómo he intentado enriquecer mi conocimiento, a través del contacto con los últimos habitantes de Petra, los beduinos *Bdul*, que utilizaron la antigua ciudad nabatea primero como lugar estacional de asentamiento y en el que, más adelante se establecieron, abandonando sus hábitos nómadas o semi-nómadas.

Resulta imposible atestiguar a qué época se remonta la presencia allí de los *Bdul*²⁰, pero el primer visitante occidental, Burckhardt, que llegó en el año 1812, hace dos comentarios muy significativos; uno de ellos es la presencia de una gran cisterna, “que servía *todavía* para abastecer de agua a sus habitantes”²¹, el otro, que su guía, que era de Eldjy²², mientras atravesaban los vestigios de Petra, se mostraba temeroso ante la posibilidad de ser detenidos o atacados, lo que parece indicar que el lugar estaba habitado por gentes ajenas a la tribu *Lyathana*. En cualquier caso, poco después, en 1818, durante la visita de los siguientes viajeros occidentales, los ingleses W.J. Banks, C.L. Irby y J. Mangles, los restos de la antigua ciudad estaban ya, con toda seguridad, bajo el control del jeque de la tribu de los *Bdul*, un tal *Imqaibal Abu Zeitun*, pues fue de él de quien obtuvieron el consentimiento para poder recorrer el lugar sin problemas²³.

Desde entonces, y hasta que la I Guerra Mundial acabó con el poder turco en la zona y se forzó la creación de Transjordania bajo mandato británico –lo que cambió dramáticamente la situación de los beduinos– en todos los relatos escritos por los sucesivos visitantes de Petra apenas se habla de aquellos que vivían allí, pero sí destacan las enormes dificultades y riesgos que comportaba su presencia en un medio hostil, controlado por fieras tribus beduinas, así como el pago obligatorio para obtener su permiso²⁴. ¿Qué esperaban?, ¿que estos habitantes les dejaran entrar libremente en su territorio, que posaran agradecidos mientras les dibujaban, a ellos, sus casas y sus tumbas²⁵ y se sometieran de buen grado al expolio de sus bienes, con la coartada de que sólo en manos de los coleccionistas y museos europeos estarían bien custodiados, a salvo de la hipotética destrucción de sus legítimos propietarios quienes, de acuerdo con lo que dichos viajeros pensaban, no eran capaces de apreciarlos ni entenderlos?

La vida en Petra de estos últimos habitantes²⁶ ha sido objeto de escasísimos estudios y siempre con la exclusiva finalidad de conocer las alteraciones que haya cau-

²⁰ En realidad, toda la región formaba parte del Imperio Otomano, pero la presencia turca en la zona era prácticamente inexistente y eran distintas tribus beduinas las que controlaban el territorio.

²¹ *Travels in Syria and the Holy Land*, Londres, 1822, p. 427.

²² Eldjy es el actual Wadi Musa, pueblo situado en las cercanías de Petra. Sus habitantes proceden de la tribu de los *Lyathana*.

²³ La prolongada vida de este primer jeque de los *Bdul* conocido, permitió que fuera inmortalizado en un retrato realizado por otro viajero, H. FORMBY, en el año 1840.

²⁴ Pago que, en los casos en que se especifica, resulta irrisorio. Por ejemplo, Burckhardt entregó a su guía un par de viejas herraduras. *Vid. Travels in Syria and the Holy Land*, Londres, 1822, p. 421.

²⁵ La imagen de Petra se difundió por Europa gracias a los grabados y litografías realizados por artistas como León De LABORDE (1828), David ROBERTS (1839) y Edward LEAR (1858). Las primeras fotografías de Petra las realizó Francis FRITH en el año 1860.

²⁶ Los beduinos *Bdul* fueron obligados a dejar Petra para instalarse en un poblado cercano, *Umm Saihum*, en 1985, cuando la UNESCO la declaró “Patrimonio de la Humanidad”.

sado su utilización de las casas y tumbas nabateas, lo que puede resultar interesante pero es, al mismo tiempo, insuficiente²⁷.

Ahora que todavía viven beduinos que han nacido y vivido en Petra –algunos hasta muy avanzada edad– y antes de que su muerte y los cambios que el turismo está introduciendo acaben con el recuerdo de su anterior existencia, es el momento de hablar con ellos y de evitar que caigan en el olvido costumbres, tradiciones y, sobre todo, el profundo conocimiento y aprovechamiento de la tierra, del agua, del clima, de un pueblo con un sentido distinto del tiempo y de la vida, acostumbrados a vivir en contacto directo e íntimo con la naturaleza, en un medio que puede ser al mismo tiempo duro y fascinante y, sobre todo, sin contaminación de ningún tipo.

Como los nabateos, los *Bdul* abandonaron el nomadismo para sedentarizarse, siguieron igualmente sus huellas aprovechando los sistemas de canalización y almacenamiento de agua ideados y construidos por aquéllos, cultivaron la misma tierra y vivieron en las mismas casas rupestres, cuyos techos quedaron ennegrecidos por el humo de las hogueras, así como las paredes cubiertas con decorativos colores, quizá no muy diferentes de los que los nabateos aplicaban sobre el estuco con que revestían la arenisca para evitar su deterioro.

²⁷ Vid. P. BIENKOWSKI, "Architecture of the Petra Bedouin: A Preliminary Report", *ADAJ* 33, 1989, 335-343 y A. OHANESSIAN-CHARPIN "L'utilisation actuelle par des Bédouins des grottes archéologiques de Pétra", *ADAJ* 30, 1986, 385-395. Mención aparte merece Keneth RUSSELL, "Ethnohistory of the Bedul Bedouin", *ADAJ* 37, 1993, 15-35 y K. RUSSELL *et alii*, *Ethnoarchaeology of the Bedul Bedouin of Petra, Jordan: Implications for the Food Producing Transition, Site, Structure and Pastoralism Archaeology*, Manuscript, Salt Lake City, University of UTA, 1996; desafortunadamente, su inesperada muerte en Petra, donde yace enterrado, interrumpió una tarea apenas comenzada.